

DOMITOR

Louis Lumière: *Sin embargo, mi padre, Antoine Lumière, pensaba que la palabra **cinematógrafo** no resultaría. Estaba convencido de que la palabra que debíamos adoptar era **domitor**, elegida por su amigo Lechere.*

G. Sadoul : *¿Cuál era el significado de esa palabra?*

Louis Lumière: *No lo sé exactamente; quizá un neologismo acuñado por Lechere. Probablemente derivaba del verbo **dominar**, **dominador**, **domitor**. Este nombre no fue aceptado por mi hermano ni por mí, y nunca lo usamos.*

De una entrevista realizada por Georges Sadoul a Louis Lumière en enero de 1948.

De un cuaderno hallado por una de las enfermeras del Centro de Rehabilitación del Lisiado. Tiene cien hojas y, al parecer, quien lo utilizaba lo hacía a manera de diario; no está completo. Su tapa dura muestra el color del cartón manoseado y antiguo. Se hallaba oculto entre los libros de la biblioteca. Mi hermana –empleada en dicho establecimiento- me lo hizo llegar, sabiendo de mi curiosidad por manuscritos de cualquier índole. Seguramente existirían cuadernos anteriores, ya que ningún diario personal –y este pretende serlo- comienza sin preámbulo. Hay dos nombres que corresponden a personas que existieron y son los de dos actrices argentinas. Una de ellas es Norma Giménez, quien se suicidara arrojándose al paso de un tren en Olivos a los 27 años de edad, en septiembre de 1957. La otra es Zoe Ducós, muerta en Caracas, Venezuela, en 2002. No me ha sido posible llegar a saber, en cambio, el por qué de esta predilección ni tampoco sé nada sobre las películas en las que intervinieron.

“Marzo 4

Vigilé ayer los objetos de la pieza mientras se iban apagando. Hacía mucho tiempo que no me dedicaba a tal ejercicio. No creo, sin embargo, que pueda realizarlo con frecuencia: perdería efectividad. Un cenicero al alcance de la mano, el lápiz sobre el escritorio, una moneda sospechosamente clara, objetos empecinados en remediar, con su presencia, la huída de la luz.

Se me antojaron raídos, distantes.

2

El cenicero se escurrió de pronto por un túnel al que yo no tenía acceso; muchas manos utilizaron el lápiz; la moneda conoció innumerables bolsillos. Curioso que esas pequeñas cosas estuvieran allí, pero ya no estuviera; esto antes de que la luz se hubiera acabado por completo.

Otra presencia humana en la habitación, y el cenicero, el lápiz, la moneda, habrían adquirido otra vez consistencia.

Cuando llegó la noche y desaparecieron me quedé en suspenso, aguardando algo que no podría precisar. Si hubiera tocado el cenicero con la mano, habría sabido que estaba allí, como antes de que la oscuridad lo hurtara. Creo –no estoy seguro- haber hecho un movimiento con la mano. Lo cierto es que no confirmé la presencia del vidrio.

El tictac del reloj navegaba la noche y pude –con gran esfuerzo- atravesar el túnel, llegarme hasta las manos y los bolsillos. Sí; fue el tictac del reloj, ola gigante y playa sobre la que soñé después de semejante travesía.

Marzo 7

Nadie se da cuenta de que abandonamos otro verano. Todos están ocupados – haciendo cosas que no evitarán la falta de calor- o fingen estarlo, según las conveniencias personales. De pronto lanzan frases que me llenan de pavor, y he llegado a pensar –tontamente- que lo hacen a propósito. Dicen:

- Hay que prender las luces más temprano.

Se preocupan –claro- por el gasto. No saben que para el parque no se trata de luces. Por la tarde, puedo –como un caballo- sentir el gusto de las hojas. Miro a los pájaros con una cierta condescendencia. ¡Es gracioso!

Marzo 14

Pablo y Julio llegaron ayer –domingo-, a las cuatro; estuvieron un buen rato. Ninguno de los tres dijo nada importante. ¿Por qué tendrán miedo de venir por separado? Los quiero como a aquel tiempo de mi vida en que hacía proyectos.

3

Experimento a veces deseos de gritarles que no vengan más. Pero soy cobarde: no me atrevo a vomitar definitivamente el tiempo de las esperanzas. ¿Quién podría hacerlo?

Marzo 15

Noche clara. Mis padres hablan en voz baja. Escucho que mamá critica a los de al lado por su costumbre de tender la ropa en el jardín. Papá los defiende. No tienen patio interno –aduce- y en la terraza Joaquín ha instalado el taller. Mamá no entiende razones. ¿Qué se puede hacer con una madre que se orina en la cama cuando está angustiada? ¿Alcanzarle la escupidera?

Marzo 16

Se acerca la fecha temida. Oigo –divertido anticipo- los gritos de mamá; siento debajo de mi espalda la camilla que me trasladó enfrente, al Penna, cuando nadie quería creer lo que ya sabía todo el mundo. Llegan los pasos de mi padre y una sirena me atraviesa.

Si pudiera olvidar la cara de papá, este nuevo aniversario sería diferente. Es la cara de mi padre la que suplanta olores y sonidos; se instala frente a mí, con sus grandes ojos de reproche; no dice una palabra. Ha empezado a odiarme y no se da cuenta. No lo culpo.

Marzo 25

Pasó el susto. Llegó Gladys con la docena de descartables y tanta benzodiazepina, que descansé en un colchón de pesadillas durante cuatro días. Me encontré de pronto en un bosque semejante –por supuesto- a la plaza. Perdido, intentaba encontrar un camino que me condujera a alguna parte; marchaba por los senderos laterales. Atardecía.

Una gran cantidad de objetos desmesurados me impedía avanzar con rapidez. Empleaba toda mi voluntad esquivándolos, espantando gordos moscones que

se me pegaban a la ropa, destrozando con un hacha las largas ramas de los árboles que caían al suelo –eran ramas secas-. Había, además, tambores que, diseminados por el bosque, contribuían a desorientarme. Las hormigas vagaban por entre los objetos y algunas de ellas, confundiéndose, escalaban mi cuerpo.

Me sacudía los pantalones.

Únicamente sabía que necesitaba encontrar la ruta, un camino central. Tomé con mis manos una de las hormigas y comprobé que era carnívora: el animalito hincó su boca en una de mis yemas. La aplasté contra un árbol.

¿Era el atardecer?

Una claridad neutra me indicaba que quizá lo fuera. Tenía miedo a la noche; temblaba pensando en el infierno que me aguardaba, si no aparecía de pronto la ruta, el camino central. Toda una noche en el bosque de los objetos gigantes, con aquellas hormigas carnívoras, las ramas secas desprendiéndose de los árboles, los gordos moscones.

Se confabularían para atraparme.

Buscaba, guiado por la escasa orientación que me prestaban mis sentidos; buscaba, cada vez más desesperado; por lo tanto, la desorientación crecía. Miré atrás, y comprobé que todo era exactamente igual a lo que debía recorrer, a lo que aún faltaba. Esperé un milagro. ¿No se espera un milagro –agua en vino, Lázaro de ojos abiertos, panes y peces-, cuando no hay otra cosa que esperar?

Observé que las hormigas dejaban el sendero y se internaban por uno de los costados, seguramente en busca de la cueva. Pensé –crispación propia de hora y lugar- que el seguirlas significaría una nueva oportunidad. Dediqué todas mis energías a romper la maleza, adivinando más que viendo, la ruta por la que deambulaban ellas. No comprendí hasta que de pronto tropecé con un enorme claro –cráter lunar-, que fue casi un regalo para mis ojos cansados de objetos gigantes y maleza y ramas secas y gordos moscones.

¡Los animalitos de Dios!

Luego fue de noche, y en el centro del claro brotó –manantial- un chorro de luz celeste. Avancé: la luz emanaba de un agujero descomunal; cientos de seres humanos trabajaban escarbando con ambas manos, tierra que no se

5

molestaban en sacar a la superficie; estando muy abajo y a los manotones, mal podría acercarse aquella tierra a donde yo estaba. Distinguí a Hugo –aquel muchacho de la primaria que muriera atropellado por un auto-; lo estaba llamando, cuando una cabeza monstruosa se asomó y, con uno de sus tentáculos, me arrojó dentro.

No me interesó el hecho.

Recuerdo que me dije: “Ahora estás donde debés estar”. Eso sí: para sentirme menos solo, busqué a Hugo. No se alegró de verme; yo estaba contento. El trató de devolverme una sonrisa. Mientras proseguía escarbando, explicó que la enorme cabeza que yo había visto pertenecía a la Hormiga Reina; esperaba sus presas tranquila, escoltada por un regimiento infernal de segundas carnívoras; ella sabía que le bastaba asomarse para encontrar una nueva víctima desprevenida al borde del cráter. Me tomó una mano -Hugo- y me pidió que no mirara hacia arriba porque la luz me dejaría ciego. Quería mi bien, pero sin pasión, con naturalidad. Su mano en la mía: supe que la mano de Hugo no era ya otra cosa que un pequeño terrón negro y húmedo. Hugo, indiferente ante mi descubrimiento, me explicaba que tenía dos posibilidades: trabajaba sin mirar hacia arriba, o me rebelaba, contemplaba la luz y perdía la vista.

Agregó que la Hormiga Reina devoraba a los ciegos.

Nunca faltan rebeldes.

Mi mano fue también un terrón negro y húmedo.

Lancé un terrible grito y miré hacia arriba para contemplar la luz por última vez.

Desperté. Gladys, a mi lado, tenía ya su dosis preparada.

Marzo 27

Libre de Gladys y su cargamento. No más arsenal... hasta el nuevo aniversario. Gladys ha hablado de psiquiatra. Le dijo que no había posibilidades: papá está todavía levantando la hipoteca de la casa; una hipoteca que me reprocha con sus miradas aparentemente distraídas, cuando fuma en silencio y me hace el rato de compañía diario, reglamentado por su propio fuero jurídico.

Gladys porfiaba diciendo que debía sentirme *útil*. Creo que mencionó la palabra *útil* una docena de veces en la conversación. Le expliqué: muchas veces había intentado sentirme *útil*. Luego de varios fracasos, sobrevino el abandono. Un año de facultad –taxi ida y vuelta-, las bobinas que ayudaba a hacer a Joaquín –seis meses de distracciones-, los trabajos en la computadora –desesperación por llegar a tiempo, rabia por no poder llegar-.

Fracaso tras fracaso.

Gladys insistió con lo del psiquiatra. Le respondí que teníamos una sola casa para hipotecar y que los psicólogos de las obras sociales no eran nada más que bestezuelas inofensivas.

Quiso ser dura: ¿me pudriría –preguntó- en esta habitación, mientras el mundo estaba afuera, esperándome? Le contesté que el mundo también se pudre como yo, dentro de una gigantesca habitación, y que no tenía intenciones de ayudarlo en el proceso. Movié la cabeza e hizo chasquear su lengua, contrariada. Me acarició con gesto maternal –tiene unos pocos años más que yo-; no supo que la deseaba.

Aparté la cabeza, molesto, mientras le susurraba que ahí estaba internet para viajar por el mundo o chatear con almitas solitarias.

Cuando se marchó, me acerqué al espejo y me miré en él. Sonreí pensando que podría haber sido un verdadero conquistador. Se arrugó la cara del espejo y se apagó el brillo de los ojos: me aparté. Con cierta melancolía, me dije que para desear a las mujeres había que tener con qué satisfacerlas.

De lo contrario es preferible olvidarse de ellas.

Marzo 30

Los colores del otoño en el parque; logré hacer unas manchas. Dos horas de trabajo intenso. Sentí que un pájaro se estrellaba contra la tela y, al mismo tiempo, batía sus alas dentro de mi cabeza. Oscuro relumbró el murciélago azul, mancha de textura endeble sobre el lienzo.

Dejé el pincel y con mis dedos recurrí a la forma. Una euforia especial delineó los contornos, y el pájaro ocupó el ángulo superior izquierdo.

Ya más calmo, preparé un gris blanquecino y me abandoné a él; se deslizó como el agua que era, agua de parque en la ciudad –inmóvil y tal vez por eso aburrida-.

¿Quién sabrá algún día que se poco de amarillo cobrizo me alcanzó para dorar una tarde en el parque? ¿Dónde he dejado el ritmo?

Nuevamente he echado la culpa a la falta de plan y me he llamado *el hijo de la libre expresión*. Jardín de infantes. Yo sé que no es la ausencia de plan lo que motiva la falta de ritmo. Pero estos dedos que no responden, tontos eufóricos, abandonan el pincel y se atropellan, como si sólo ellos pudiera capturar la unidad.

Recliné la cabeza sobre el banco, me sentía cansado. Creo que hasta dormí. Al abrir los ojos, la tela me pareció la obra de un extraño: machas que jamás había visto, proporciones que nunca imaginé.

Propuesta: *desaliento, no me vencerás*. Día llegará en que me vea sobre el lienzo, cara a cara; día vendrá en que descubra en esa tela lo que ni la fotografía ni el espejo podrán darme nunca.

Abril 2

Joaquín se casa. Es natural: tiene mi edad. Llegó tostado y con chillona remera a pavonear sus bíceps. Lo odié tanto cuando me lo dijo, que creí me brotaría sangre de la boca.

Felicidades –tuve que sonreír- felicidades Joaquín. No quedarás fueras del ciclo de la naturaleza, nada te será negado porque tu aspecto de toro reproductor es inmejorable. ¿Te olvidarás de tu amigo tullido, del compañero eunuco?

Joaquín sonreía, cándido.

Siempre ha creído tenerme un grn afecto. Y quizá sea cierto, ¿por qué no, después de todo? Nacimos el mismo día y compartimos el primario, luego él

8

eligió el industrial. ¿Por qué no habría de sentir afecto por mí, casi un hermano?

Oh, Joaquín: te despediste sin saberlo.

Celia te arrancará a jirones esa, tu cálida ingenuidad. No prometas venir a menudo, no lo hagas. Celia no lo permitirá. A vos te parece fácil aceptar un amigo tullido; me conociste antes de que lo fuera. A ella le presentaron el despojo; y ya sabés qué pasa: no se puede entender.

Joaquín estuvo seguro de visitarme con frecuencia. Se irá a vivir lejos, a una hora casi de colectivo. Me hablará por teléfono.

Gracias; te avisaré cuando me muera, Joaquín. Ojalá me recuerdes tal como era antes. Que toda vez que veas a dos adolescentes me recuerdes. Joaquín, y nos veas en ellos.

Deseé que se muriera allí, delante de mis ojos; quería tener únicamente para mí el privilegio de su juventud fragante.

Sí, conoceré a tus hijos.

Envejeceré mientras ellos crecen y vos y Celia viven la delicia de un orgasmo sin fin. Pensaré en ustedes mientras cruzan los pájaros, y por el cielo de mi ventana cruzan los ciclos siempre repetidos de las estaciones.

Al irse Joaquín, pensé que hacía siglos que no viajaba en subte. Recordé el seco zumbido de los trenes, los apretujones, las caras amarillentas de miles de personas que fueron luego una solitaria, arrugada, seca imagen atravesando una abandonada estación repleta de anuncios prometedores. También la imagen se marchó; y en el andén me vi solo, con los libros debajo del brazo y aquel mechón de pelo sobre la frente.

Abril 3

Cayeron mis tías de Adrogué a primera hora de la tarde. Son tan tías, que aunque se llamaran Cleopatra o María Magdalena no dejarían de serlo. No excluyo la posibilidad de que Cleopatra o María Magdalena haya tenido sobrinos, pero no se caracterizaron por su condición de tías. Ellas, sí.

Vienen con una montaña de fruta, un río de confituras; han agregado este año carpetitas y almohadones. Supongo que el año próximo alquilarán un furgón: a tanto puede llegar la compasión de la gente por si misma. Respingan, compungidas, para darle coraje a mi madre –la pobre merecía mejor suerte- y a mi padre una inyección de voluntarismo que será trasmitida por su mujer, ya que él está trabajando.

Los parientes son una maldición de la que hay que librarse cuanto antes: estas perfectas tías miran mis piernas como si esperaran ver surgir de ellas musgos o helechos. Intuyo que las sienten como estancados vegetales.

Me encerré a escuchar música, pero allí estuvo enseguida una de ellas para hablarme de Adrogué, deliciosa localidad suburbana. ¿Para qué quiere uno que le hablen de un pueblo, de una ciudad que no visitará?

Con sus buenas intenciones, su fruta y sus productos de repostería –signos inequívocos de su buena voluntad-, estas dos mujeres son nada más y nada menos que el mundo. Se quieren tanto que dan pena. Mamá suaviza mis desplantes.

Una de ellas mencionó la conveniencia de vacunar a los perros contra la rabia, porque en la provincia existe ahora una epidemia. Luego abrió los ojos, espantada. Le pregunté si tenía perros y me contestó que no, que siempre les había tenido miedo.

Sé que es difícil saber quién compadece y quién quiere de veras; pero es fácil prever que los parientes siempre compadecerán. No sé el motivo, pero el hecho es ese.

Abril 6

Sorprendido. Esta mañana encontré sobre la mesa del comedor una carta dirigida a mi madre. La experta consejera de una revista para mujeres citaba: *“Sé invenciblemente alegre y feliz. Si consiguen amar a los que te rodean,*

serás mucho más feliz entre ellos. No hay goce posible sin este amor. No se puede concebir goce alguno sin alegría y sin felicidad... Trata de divertirte con cualquier cosa que hagas y de que los demás se diviertas en tu compañía. Si lo consigues, estarás capacitado para explicar a los demás en qué consiste el goce de la vida". J. W. Ford.

Por lo visto, mi madre quiere que me compre un traje de payaso. Es cierto: merecía-mejor-suerte, al decir de mis tías, aunque –según parece- recayó sobre mí un daño provocado por una ex novia de mi padre, que este abandonara en su ciudad natal, Rosario.

¡Cuántas vueltas para explicar lo que no se puede!

Biografías sobre mudos, sordos, sordomudos, alcohólicos, morfinómanos, paralíticos, homosexuales, cancerosos, ciegos, autistas ¡cáfila humana a la deriva!

Sí: seré feliz.

Concluiré mi serie de cuadros, los expondré, vendrán de la televisión y saldré en diarios y revistas. Hasta es posible que dé alguna conferencia. Tampoco faltará la doncella capaz del sacrificio. Y con eso, ¿qué?

Si no sabré ya qué es escalar una montaña bajo el sol del verano, si ya no podré morder el agua del mar; si en el parque, cuando alguna pelota llega – flecha perdida- ahí se queda, fiscal de mi impotencia.

Mañana viene Gladys. Espero que no me acaricie de nuevo la cabeza. Me tiene hartado.

s/fecha

Anoche fue invierno.

Contemplaba, desde la verja, el parque, intuyendo murmullos.

Helaba.

Cantarinas, las voces. Mi mano recorría la verja, tomaba el picaporte. Como en las películas, estuve luego en el parque, sin más ni más, producto de un error

en la sala de montaje. Blanca la estatura, negro el césped. Fosforescencias enervantes poblaban las hojas. Tenía que descubrir algo. ¿Dónde? ¿En qué lugar del parque? Sentado en uno de los bancos balanceaba mis piernas. Curioso: recuerdo que aún allí percibía las voces. La estatua no fue estatua sino un bulto lechoso, cuya viscosidad enrareció el contorno. Hubo otra voz por debajo de aquellas habituales y despreocupadas. Corrí hacia una rosa blanca - ¡en invierno!-. *“Detrás –secreteaba la voz- se halla el destino”*. Pensé que era, además de cursi, absurdo esconder un destino detrás de una rosa. Y me desentendí; regresé a la casa, a la verja, a las voces perdidas. Quise retener los murmullos del parque, pero se me negaron. Sobre el césped entreví el cadáver de una criatura de ojos muy abiertos, como si hubiera sido estrangulada. Quise entrar y la casa había desaparecido. Quedé frente a frente con el cuerpo inmóvil. Supe que ya no existirían más voces que la mía. El barrio entero cayó bajo las bombas y, de entre los escombros, surgían ratas. Estaba seguro: devorarían aquel cadáver pequeño. Quise moverme, pero las piernas no me respondieron. Miré mis manos: había vello en los dedos. Era de día, mi cuerpo era el actual. Las ratas devoraban el pequeño cadáver de los ojos abiertos.

Abril 10

Cuando chico temía dormirme. Mi abuela creía en la presencia de brujas nocturnas que estorbaban, zaherían, hasta la vigilia más absoluta. Asustado por lo contaba, le pedí un talismán. Se irían, dijo, si pensaba en alguien a quien quisiera mucho; agregó que bastaba recordar un momento muy feliz pasado con esa persona. Clavar un alfiler en el pensamiento y dejarlo inmóvil, empujando más y más hacia la oscuridad temida. Las brujas huirían, porque nunca molestaban a quien amaba.

Amar.

12

Si pensaba en ella –pobre dama sin afecto-, por ejemplo, jamás tendría problemas. Así lo hice: me libré de las brujas. Pero se ha muerto hace tantos años -no hay abuela ya-, que ahora resulta inútil querer recordarla. No viene a mí: se ha marchado.

Uno teme dormirse porque el sueño agudiza la pesadilla.

Hace tiempo caía rendido después de masturbarme. También de la masturbación se aburre uno. Solitaria y mecánica repetición que, finalmente, entristece: la soledad toma el olor del semen y el hábito se abandona.

Me gustaría poder pensar en alguien a quien ame, o masturbarme feliz como en la vieja época; ninguna de las dos cosas me es posible. Nada de pastillas.

Dejemos que corran las horas, imaginemos un río azul –un río de agua fría y rápida, de esos que se deslizan en el sur rumbo al Atlántico-. Manzanos en flor, prados, gente tostada por el sol, una pequeña ciudad y luego el océano.

Yo soy un río que todavía no encontró su mar.

Abril 12

Joaquín se casó ayer. Mis padres fueron a la fiesta. Estuve encerrado durante horas en este cuarto, viendo a Joaquín y a Celia sonrientes, con miedo por la aventura que comienzan. Vi toda la vulgaridad y la estupidez de amigos y parientes, pero no hice mucho caso. Me detuve en aquellas dos caras jóvenes y contentas. Hasta que no pude más y me lancé a llorar. Me lastimé una mano al destrozarse uno de los vidrios de la ventana.

Accidente, dije. No lo creyeron. Celia y Joaquín partieron hacia Córdoba en luna de miel. Felicidades. Córdoba es agradable en el otoño.

Abril 14

Viento: los árboles del parque bramaban como si un odio postergado los sacudiera. Una figura solitaria se detuvo frente a mi casa, espíó. Una diminuta

13

figura de mujer –casi de porcelana-, que hacía muecas al viento. Sobre una tela conseguí sujetar una ráfaga, ráfaga amordazada, espectro mudo. ¡Pensar que me costó una tarde!

Abril 18

El señor Farías llegó al atardecer. Es la única persona –excepción hecha de Gladys- que me habla como imagino se habla a alguien que no inspira lástima. Esta falta de piedad ayuda a que nuestras palabras no sean simples fórmulas reiterativas. Ha engordado, se va quedando calvo, y sus modales resultan apacibles. Veinte años de cátedras, dos libros de poemas, algunos ensayos, una mujer y dos hijos: supongo que es todo lo que constituye la vida de este hombre.

No parecía feliz; tampoco desgraciado. Resignación no es la palabra que busco; tal vez, tranquilidad. El señor Farías es alguien que está conforme con su suerte. ¿Sufre?

Con él aprendí –años lejanos ya- que uno nace y muere solo; no me preparó para vivir así porque no sabía.

Se interesó por lo que yo llamo *mis manchas*. Algunas le parecieron buenas. ¿Cuál es mi objetivo? No lo sé, pero me olvido *manchando* telas, papeles, lienzos. ¿De qué me olvido? No contesto. Digo luego que siento avidez por darle color a todo aquello que no lo tiene todavía. Al principio, cuando intentaba simplemente un equilibrio de masas, era el divertimento lo que me empujaba a seguir. Ahora, después de años sin haber conseguido hallar un ritmo –el ritmo-, no lo sé.

El señor Farías se acercó a la ventana, su mirada fija en el parque. Al regresar preguntó si yo no creía que el mundo estaba lleno de color. Le respondí que no era ese el color que yo buscaba. Empecinado, temblando ante el espacio en blanco, aceptaba un desafío; era cuestión de vencer, de no dormirse, de no contentarse con lo logrado. Hasta el presente la derrota estuvo siempre de mi parte.

14

A pesar de las opiniones del señor Farías, debo recorrer mucho camino aún. Me habló luego de sus hijos; comprendí que, a lo mejor, este profesor había alcanzado uno de los mojones cercanos a la meta. Raro, pero no mencionó a su mujer, sólo a sus hijos. ¿Qué es más importante para un hombre? Yo no puedo contestar a esa pregunta.

Se marchó cuando oscurecía; no intentó –como hacen los de los viejos tiempos- desbrozar una anécdota para llenar el vacío de la despedida.

Abril 20

Hoy quise llegarme hasta un río celeste a aquella última primavera, cuando el picnic en el que perdí la virginidad. Hombrecitos navegando en cáscaras de nuez por entre los árboles del Tigre; hombrecitos curiosos con mujeres experimentadas. Maldije muchas veces aquella tarde. Si hubiera faltado al paseo, no extrañaría hoy la dicha aquella. ¡Qué gracioso! Recuerdo aquel orgasmo con la sensación experimentada por una criatura que, de pronto, a sabiendas y por equivocación al mismo tiempo, hubiera metido los dedos en un tomacorriente.

Aunque la sensación debe ser distinta. De lo contrario, habría perecido ya carbonizado.

Extraño, tal vez, noviembre; o el Tigre; seguramente, la mujer.

Nunca sabrá qué cliente especial tuvo esa tarde. Ni siquiera recuerdo su cara, tan asustado me sentía.

Regresamos alegres; cantamos en el tren, felices. No sabíamos.

Abril 22

Metí la pata: me caí en el baño.

Escándalo materno, sofocones, lágrimas y todo eso que se ahorran las bío y autobiografías de los voluntaristas.

No me verán desnudo.

15

Abril 25

Esta mañana –domingo-, los padres impulsaron a sus hijos por toboganes, los precipitaron en hamacas, cumpliendo el ritual. Es inútil querer imaginarse el espectáculo: ni siquiera los pibes saben que eso que está ocurriendo ya es recuerdo, agradable memoria de la infancia. Dirán luego “*Mi padre, los domingos*”, y volcarán los ojos hacia adentro, aguardando una imagen.

¿Qué saben los cuerpos tiernos del dolor cuando lloran?

Derraman lágrimas –vieja treta- porque ignoran que, tarde o temprano, esa agua salada de los ojos no será un buen antídoto. El dolor los invadirá y golpearán con furia los muebles, ahora sin llanto, se romperán las manos contra las paredes, ahora sin lágrimas, vaciarán su ira en un escupitajo, ahora sin quejidos.

La carne fresca no sabe del dolor pero lo siente.

Un chico extraviado llega y me observa con curiosidad; luego me habla. Ellos no temen, aprendieron aún, me brindan su confianza y hasta sus manos.

También ellos comprenden que el color que el mundo les ofrece, no es el color que buscan. Lo lamentable es que luego se olvidan, acallan esa memoria de la infancia, se conforman y espantan toda duda. Se convierten en padres de futuros olvidadizos, en hombres inofensivos que desean –a la distancia- una mujer de pantalones ajustados.

Abril 26

El hombre de ojos claros que esta noche, antes de comer, me habló sobre política latinoamericana con verdadero interés, es mi padre. Por un momento, su animosidad se extravió en complicados laberintos y probabilidades. Luego, en un hueco, asomó la mirada vacía de esperanza, sin luz.

Yo debí haber sido lo que él no fue: un tipo importante. En cambio soy lo que él es: un tullido.

16

No se resigna. Paga la hipoteca, compra mis pinturas, me alimenta; no sé qué hacer para retribuirle lo que ha hecho por mí. Aquella vez que pinté su retrato – un verdadero parricidio- me besó sin darse cuenta. Si resuelvo organizar una exposición lo haré por él, no por mí. Hoy miré su cara como hacía tiempo, con la ansiedad de una criatura. Pero esa cara que respondía a mis llamadas secretas ya no contesta; arrugada, medita sobre las posibilidades de una vida que perdió, cuenta los centavos de la hipoteca, planea vacaciones irrealizables. Sus ojos agotados se detienen, a veces, en el televisor; allí desfilan por las eternas películas de su juventud, los héroes que nunca morirán, los que tuvieron suerte.

Mayo 2

Postal de Joaquín. Celia, ausente. Son felices. Mejor para ellos. No puede decirse que yo haya elegido ser un solterón; ni siquiera tengo edad para serlo. Sin embargo, ya estoy marcado con esa voz interior de los que jamás tendrán pareja, aún teniéndola.

Mayo 5

Me desperté escuchando un grito; creí haberlo oído llegar desde la calle. ¿O de la casa? El grito continuaba; desapareció cuando deslicé una estrecha línea bermellón sobre el papel.

Tengo miedo: despertaré una mañana y no reconoceré ni el cuarto ni la gente. Mi madre traerá el café a un extraño. Habré enloquecido durante el sueño.

Precaución: antes de dormirme, tomaré boleto de ida y vuelta. Quiero volver, siempre quiero volver. No tengo sino los colores, algunos espacios vacíos, un dolor; sin embargo, la idea de perderme en el bosque, en medio de la noche, me espanta.

La cobardía es humana.

La estrecha línea bermellón me pareció un camino; sentí que había cantado el

17

grito, nota alejada del pentagrama, clave secreta.

Quizá todos tenemos nuestra propia música.

Mayo 7

Sorprenderás en tu madre una mirada diferente; no comprenderás. Observarás lo que tu madre mira –tu cuerpo, ya no tan adolescente-, y sentirás que un leve temblor atraviesa tus muslos.

No puedo impedirle que me mire desnudo. Hago todo lo posible, pero no puedo.

Sufro las miradas de una madre que se orina en la cama cuando está angustiada. Así y todo, esas miradas corresponden a una mujer –escondida bajo la piel de madre- que conocí la tarde aquella en que me desvestía con sus manos inquietas. También ella tuvo miedo y dejó la habitación; pero su mirada continuaba recorriendo mi cuerpo.

Mayo 9

Si (ilegible), me habría suicidado hace tiempo.

Mayo 10 (madrugada)

Me desperté con la sensación de estar arrodillado sobre un campo de alfalfa; escuché una risa. Fui a la ventana; me pareció que volvía el verano.

¿Soñaba todavía cuando vi –parada sobre uno de los senderos- esa diminuta figura de mujer? Unos segundos después, los objetos recobraron las formas habituales.

Mayo 13

Me enfurezco, me rebelo no ya contra esta situación, sino contra mí mismo.

18

¿A qué viene tanta queja, tanta letanía plañidera? Hay dos posibilidades: o me mato, o sigo viviendo. Si acepto lo último, debo acabar de una vez por todas con los lamentos estériles.

Pero los sueños están poblados de fantasmas y contra ellos no se puede luchar.

Anoche, por ejemplo, resucitó el aquelarre de la fiesta de los diplomas, la comida, el beso que le di a Jaime en la boca, aquel largo beso en el que abandoné mi adolescencia de muchacho paradójicamente sano, amante de la carne, de los senderos amarillos del verano, de las siestas en las que florecían fragantes las novelas.

Me he negado a leer, a mirar televisión, a ir al cine. La radio se deshizo conmigo. Si no quiero vivir, tampoco buscaré sucedáneos.

Estoy a merced de ese mundo que guarda los verdaderos colores de la realidad. No lucho, me entrego.

Mayo 15

He descubierto algo que provocó mi asombro: esta tarde, en el parque, luego de concluir un esbozo –panorama vacío-, tracé una tenue línea blanca. En un principio, no supe qué hacía allí, qué me impulsaba a concluir el esbozo con esa fosforescencia lejana, poco graduada, inasible.

Hace unos segundos he comprendido: se trata de la diminuta figura del parque. ¿Reirá la línea como la figura? ¿Pertenería a ella la carcajada que escuché en el Inesperado regreso al verano?

Mayo 16 (mediodía)

Exasperantes compases de Mossolov resugieren un violeta luctuoso; trato de conseguirlo y compruebo, desolado, que he obtenido un chorreante neón de cartel barato.

Quisiera hablar con alguien de mis manchas. No es posible que continúe

19

moviéndome a ciegas, con impulsos de macaco. Estoy en edad de abandonar las cabriolas sentimentales. La lluvia (ilegible).

Mayo 18

Dos días de lluvia: de un lado a otro de la casa, como en una pesadilla, enfrentándome con paredes que surgen. Conspiración secreta de los objetos que tambalean y caen a mi paso. Debo estarme quieto, escuchar música, vagar por los únicos espacios que me están permitidos. ¿Es que no puedo evitar preguntarme qué hacía yo en otro mayo, ocho años atrás, a la misma hora, una tarde de lluvia?

Los demás pueden olvidarse: yo no tengo derecho, no me queda otra vida. b
Vuelvo deslizándome desde un pico nevado: tobogán, campo fértil, último año.
Proyectos: la esperanza.

Mayo 20

Sol casi de invierno. Cierro los ojos –murmullo quieto de hojas, susurro de los pájaros- y enfrente, cara a cara, la muerte.

Me asusta el vacío, la falta absoluta de posibilidades. Creo que si venciera este miedo dejaría a los demás en libertad. Nunca como ahora sentí qué generoso podría llegar a ser un suicidio.

Quieta textura azul sobre la tela, azul entorpecido sólo por una esfumada sombra rosácea. Extraña opacidad la de esta sombra. ¿Por qué tiene que haber siempre algo que no entra en los cálculos, algo que no se piensa? Me siento un viejo contemplando cómo una torcaza saltarina y coqueta bebe su agua. Alguna vez supuse que llegaría a develar el lenguaje de los pájaros, ya que no podía entender las palabras; hoy creo que es al revés: debo empezar por las palabras. ¿Con qué gramática? ¿Cuál es el diccionario?

Un chorro de luz verde ha caído al lago: quizá el pájaro, un poco ausente, ajeno al rosa opaco de la sombra que aguarda confiada, junto al azul inmóvil.

20

Mayo 20

NOTA: Debe tratarse del día 21

He conseguido, gracias al rosa opaco, el ritmo que hasta el momento se me había negado. Intermitente, el color aparece y desaparece por entre las aguas azules del lago. Cualquier cosa que esto signifique (ilegible), un cambio. No puedo dormir. Llegará la mañana y estaré paladeando esto que he logrado. Casi el mar.

Nada menos que esa inmensidad desconocida –yo no conozco el mar- y que asoma, ahora, mecida por el ritmo de la composición, jugando, solitaria y lejana pero con una cierta fuerza invencible.

Sí, es el mar. Finalmente es el mar.

Junio 21

¿Dónde he pasado este largo mes?

Anoche descubrí la luz del velador; creo que era esa luz y no otra. Por la mañana vi el sol y, poco a poco, me adentré en este mundo que intentara –con mala fortuna- abandonar; este mundo ahora opaco, que no cesa de herirme.

Mamá, alguien a su lado, voces.

¿De adónde habré regresado?

Recuerdo sólo el descubrimiento del mar, aquel océano que me tragó sin que yo me lo propusiera.

Paseaba sobre una luna llena, abierta al mundo únicamente para mí; no estaba solo. Cruzábamos un parque de magnolias con una muchacha de semblante triste, una mujer muy joven disfrazada con exagerado sombrero, tafetán y esos aros relucientes que las mujeres se colgaban cuando yo era chico.

Esta muchacha, tan joven y tan triste, sonreía a las magnolias; ella conducía el auto –convertible, de capota abierta- y yo me dejaba llevar por esa luna sobre la que ningún ser humano había dejado huella.

Flores blancas, murmuraba; *flores blancas*, repetía ella.

Me gustaba esa mujer de mirada ausente –una llama apagada, ceniza de algo que había sido-. Ella se mantendría eternamente joven, como las magnolias; sus manos se aferrarían para siempre al volante, y su boca musitaría eso de *flores blancas* sin cansarse. Curioso que yo no me viera junto a ella; pero ella a mí sí me veía, me sonreía a mí y no a otro. “Iremos a un lugar”, pensaba, “y besaré su boca, pasaré mi mano por su vientre, cantaremos a dúo eso de *flores blancas* y ella, dócil, se extenderá debajo de mi cuerpo, me dejará hacer. Pasaríamos el campo de magnolias –interminable fresco de textura impertérrita-; ella abandonaría la bijouterie, el exagerado sombrero, las cintas brillantes, el disfraz.

Flores blancas, silabeaba la voz conocida, infantil silabeo de quien no tuvo tiempo de aprender su lección; *flores blancas*, indicaba yo matemáticamente. Pregunté, pero sus ojos secos no dejaron de mirar hacia arriba; traté de aferrar una de sus manos, pero –implacable- la mano se alejó. Su hermosa cara se volvió hacia mí con una mueca de resentimiento, y su voz preguntó: *¿Me buscabas a mí?* Infinidad de veces repitió la pregunta, con matices diferentes. Espantado, retrocedí ante la hermosa cara que, por otra parte, cualquiera puede reconocer: se trataba de Norma Giménez y en su regazo llevaba, como en otra noche de septiembre, sus *flores blancas*, murmullo que permaneció junto a mi oído cuando ella ya no estuvo.

En soledad, sobre la luna llena, me senté a esperar quién sabe qué milagro, mientras la voz adolescente repetía “*¿Me buscabas a mí?*”, “*¿Me buscabas a mí?*”, palabras que alguna vez Norma Giménez dirigió a Folque Sudquinst en algún lugar del Delta. “*¿Me buscabas a mí?*”.

Junio 25

Desperté en la bañera.

Manejaban mi cuerpo desnudo –un templo desolado-. ¿Quiénes? Intenté hablar pero sólo escuché un rugido lejano, casi una figura de humo en un páramo.

Evidentemente, otra recaída. ¿Habrá más?

En estos momentos duermen, o me parece. Al más leve sonido, despertarían. En aquel páramo donde escuché el rugido había poca luz, y el color del suelo era rojo. Sabía que mi cuerpo era sumergido una y otra vez, mientras mis ojos trataban de visualizar alguna sombra, aunque sólo alcanzaran la claridad deudora de un alba acechante. Luego, hasta el eco del rugido fue extinguiéndose y el suelo rojo se desvaneció bajo mis pies. Pensé que el león, toro, búfalo –la bestia, en fin-, que emitía el largo quejido no aparecía por temor; estaba sola y era diferente. Prefería ocultarse en una cueva –invisible para mis ojos-, indómita, acérrima perseguidora de la soledad. Palabras, murmullos humanos, la sirena de un ataque aéreo y otra vez el silencio. ¿Habré enloquecido? Miro la letra de esta página: no, no me he vuelto loco todavía. Esta letra es tan pareja como la de hace unos meses. Anomalía no registrada, grafismo correcto. En mi cabeza ha comenzado a sonar la exasperante fritura de aquellos viejos discos de pasta. Es una suerte que –al fin y al cabo- sólo me quede la mitad del cuerpo para sufrir. Es una lástima que –después de todo- esa mitad sea, de las dos, la parte consciente. Cuestión de azar.

Un desesperado arranca de cuajo, en el Borda, una puerta; la levanta y salta sobre una enfermera. La viola. Goza, aunque quizá no sabe. ¿Cuál es la diferencia? El nunca escribiría estas líneas; tampoco hubiera intentado buscar el océano. Yo encontré el mar. Y el loco que imagino, mientras fornicaba, ¿no descansará al sol, sobre una balsa, en medio del océano? Debe de haber un mar para cada uno de nosotros o, al menos, diferentes maneras de acceder a él.

Escucho ruidos. Es mejor que guarde el cuaderno.

Junio 28

No puedo respirar. Como antes, dentro del pulmotor. La máquina no existe ahora, pero sí la sensación.

Un pájaro canta en el parque y el sonido me parece una larga queja. (Ilegible) con mamá; ella preparaba pasteles de miel y yo acomodaba los confites sobre la mesa.

El pájaro ha callado.

Hay que preocuparse ahora por las eventuales dificultades. Enfrentar de nuevo al mundo, cuando se ha querido salir de él, no es sencillo. Si ni siquiera te queda el consuelo de poder matarte, es preferible que admitas la vida tal cual es. Se escribe fácil. Releo la oración. ¿Qué *vida*? Cambiemos: sería mejor que admitieras tu muerte en vida. Otros se han resignado, ¿por qué no yo?

Ser diferente no constituye una ventaja en este mundo. ¿Cuánto hace que no entro en un bar por miedo a las miradas? Pero los dueños de los ojos, ¿son mejores que yo? ¿Qué tienen en común que los une para rechazarme? La salud: se asustan al verme, intentan espantarme como a alguien que recuerda de pronto el cementerio en una fiesta de carnaval, alguien que se hubiera colocado la máscara y jugara sonriendo, con una guadaña en la mano. Pensar, se dicen, que pudo haberme ocurrido a mí. El solo pensamiento los llena de lástima. Y dan vuelta la cara.

He tratado de ser simpático, de sonreír, de fingir amabilidades que no sentía. Los desprecio, los odio y podría matarlos sin remordimiento. Bueno, supongo que este odio debe notarse desde afuera. ¿Cómo no envidiar el punto de querer escupir esas caras que destilan piedad? “El renguito”, dicen en el barrio, cariñosamente. *El renguito* los ejecutaría con placer, fusil en mano. “El renguito que pinta, ¿qué otra cosa va a hacer el pobre?”.

¡Ah, pero un día sabrán de mi odio y pagarán con su salud, esa suerte que me fuera negada!

Cruza un tren y el espanto echa mi cabeza hacia atrás. La noche se ha llenado de luces.

Junio 30

Definitivamente a salvo para el mundo.

24

Joaquín y Celia estuvieron a verme. Ya han comenzado las escaramuzas. Peleas por un mueble, berrinches a causa de un color que no va bien en el flamante nidito. ¡Qué estúpidos son! ¿Por qué buscar excusas para devorarse? Joaquín me pareció más flaco. Alfajores de Córdoba, dijeron. Comprados en otoño, pensé. Un regalo que llegaba tarde a destino. A pesar del atraso, estaban buenos.

Julio 2

Gladys se introdujo en mi cuarto con un amigo psiquiatra. Casi no pude hablar de la indignación. Volverán la semana próxima.

Un hombrecito de barba poblada, suaves modales y voz de tenorino. Gladys – vaca maldita- creerá que puede salirse con la suya. No la recibiré, a pesar de las protestas de mis padres. Mamá tuvo un berrinche luego de que se fueran; papá, en cambio, me dijo que no podía seguir tolerándome en esta casa si yo no cambiaba. Le respondí que nunca le había pedido nada; de él exclusivamente, los esfuerzos inútiles. Mi madre lo tomó de un brazo y lo sacó de la habitación.

Julio 4

La mañana es amarga si uno contempla la caravana de bípedos sonámbulos; alegre, en cambio, si se miran los árboles y el parque en su conjunto.

Hombres y mujeres apresurados –contentos o tristes sin mayores motivos- parten a cobrar un sueldito.

Una mujer abre de pronto una ventana y comprueba que el malvón ha florecido; sonrío, estúpida, ante el descubrimiento; no sabe que la dicha es de la flor; ella ya está marchita.

La mañana es amarga, y únicamente pasa rápida si persigo el silbo de un hornero entre los árboles. Los hombres me llegan como pájaros con ilusiones.

25

Los pájaros, como hombres paradigmáticos: cumplen un ciclo y mueren; para ellos no existe la ilusión.

El ruiseñor no tiene memoria del bosque; canta prisionero y ajeno.

Julio 9

Borrascosa entrevista con el psiquiatra. No volverá. Nada se puede hacer con quien nada quiere, excepto matarlo. O dejarlo vivir, para que él se mate por su cuenta.

Julio 11

Como los atléticos héroes de las añejas películas norteamericanas –pochoclo incluido-, Joaquín golpeó ayer por la tarde mi ventana. Venía a buscarme en su flamante automóvil. Fuimos hasta su casa, donde tomamos un respetuoso café servido por Celia. Intuyo que seré el padrino de uno de sus hijos. Ella me prestó una bufanda para el regreso.

Quería ver el río, algo inacabable, incesante. No me animé, sin embargo, a pedirle a Joaquín que me llevara. Preferí seguir imaginándolo tal como ya no lo veré. Si uno se ha trabajado duramente la imagen de algo, no veo por qué debe confrontarla con el modelo original: la que se va a llevar consigo es la copia y no el modelo.

Cuando volvíamos pregunté a Joaquín si aún recordaba a Norma Giménez. Siempre peleábamos por ella; nos gustaba a los dos e iba a ser nuestra algún día. Sí, claro, la recordaba. Pero no me miró al decirlo.

Supe que también para él, Norma Giménez había muerto bajo las ruedas de un tren, en el paso a nivel de Olivos, una noche de septiembre. Sentí que una magnolia seca caía sobre mi palma abierta, e intenté darle vida con el sudor de mi piel. “¿Me buscabas a mí?” preguntó la magnolia rediviva. Y cerré mi mano, y el puño trituró la fraganciosa superficie del pétalo –alba de una adolescencia-.

26

Callado, Joaquín conducía su auto; feliz, Joaquín transitaba el camino de la aparente realidad.

Julio 12

Un poco impresionado, como bajo el efecto de una droga.

A mediodía, antes de comer, mi madre me anuncia la llegada de visitas que ella no conoce. Aparecen en el comedor una mujer y una piba. La mujer tiene guantes de cuero –blancos- y juega con ellos. Viste con sencillez. La nena mira curiosa los objetos. La mujer explica el motivo de su presencia: quiere que su hija tome clases de dibujo. Pidió ver mis trabajos, y una vez revisados convinimos el precio y los días. Comenzamos pasado mañana.

En pocas palabras la señora me explicó que ella no podía enseñarle porque la criatura no obedecía. Mis trabajos le parecieron satisfactorios. Se fue dejando el anticipo de un mes.

Durante la entrevista, me estudió no como a una cosa, sino como una mujer estudia a un hombre.

Mientras hablábamos, una muchacha vestidoblanco gimió a lo lejos –grito en perdido horizonte-. Desde la ventana, por la tarde, observé a la nena en el parque. De vez en cuando dejaba su hamaca y volvía sus ojos hacia aquí, como si me viera. Regresó la muchacha vestidoblanco y gritó, gritó hasta que me aparté de la ventana. Un tren deshizo la tarde y los hierros cayeron como sombras sobre los árboles del parque.

Busqué entre mis manchas la del mar, pero no la encontré. Afortunadamente, mi madre la había guardado entre sus papeles. Largo rato contemplé el océano y, poco a poco, me fui tranquilizando. Más seguro de mí mismo, estoy ahora tratando de confeccionar un programa.

Nada me impedirá llevarlo a cabo: ni siquiera esa muchacha histérica que, sólo por molestarme, se aparece y lanza su grito en el vacío.

Julio 13

27

Voces suben del valle. Arriba, en el prado de rosas, junto a la capilla, aguarda una muchacha vestida de novia. Veo mi cara, no mi cuerpo, sobre ese manto rojo de flores y diviso a un costado, entre la niebla, los sembradíos; sé que hay extensiones de trigo y alfalfa. Antes de la capilla, un campo de silencio se interpone y quiebra la uniformidad de los rosales.

Me encuentro de espaldas a la capilla, de cara al valle.

Un grito reiterado me indica la presencia de alguien que no cesa de caer por el despeñadero. A manera de homenaje, cuelgo una cinta negra en una de las cruces –esto es un cementerio de tumbas olvidadas-. Sonríe al crespón y al cuerpo que se estrella repetidamente. Una mano se apoya en mi hombro y Zoé Ducós –de cara semioculta por un velo- anuncia que su hija espera en la capilla; me empuja con suavidad y avanzo por el atrio hacia la nave central. Bajo la mantilla blanca no hay una novia sino una calavera que –sí- sonrío, como todas, implacable y vacía, también como todas. Zoé Ducós canta en la puerta de entrada, no deja de cantar, y yo veo cómo el crespón negro se ha desenganchado de su cruz y huye hacia el prado de rosas.

En la sacristía, Norma Jiménez apaga una vela y, con huraña mirada, se sienta a esperar.

Julio 14

Élida –mi alumna- padece una enfermedad común en los pibes: dibuja los contornos sin perspectiva. Esta tarde la pasó divertida haciendo cubos. Cuando le dije que debía situar los objetos dentro de ellos, puso mala cara. Sus ojos buscaron –como si recordaran de pronto su primera visita- mis *manchas*.

¿Podría ella utilizar colores? Muy pronto. Se resignó a ubicar los objetos luego de la promesa. Se parece mucho a la madre. Su proximidad hace que mi pulso se acelere. Al irse, me saludó con un guiño desde la vereda.

Cantaba.

Julio 20

“Vamos a cuentas, queridos amigos”, les hablé. “Durante todos estos años, casi diez, ustedes no se han atrevido a venir por separado; siempre juntos en la visita, Pablo y Julio, queridos compañeros del secundario, ha cumplido con su obra de caridad, trayéndome un ramo de inolvidables desencuentros que iban a parar, sin piedad, al tacho de la basura”.

Ese fue sólo el comienzo.

Finalmente les indiqué la salida con gracioso gesto, y les recomendé se llevaran media docena de pasteles *enconfitados*, pasteles que no comerán ya, si no es en mi velorio.

Sus caras despavoridas me demostraron que no comprendían.

¿No se puede decir la verdad? ¿La verdad queda sólo para los que ya no jugamos ningún partido en la vida, para los que no respetamos las reglas del juego, los que no entramos en el terreno de la competencia? ¿Es que la verdad puede decirla únicamente el que no tiene otra posibilidad que la propia desesperación?

Ellos no volverán y el hecho me asusta. Uno no es cobarde porque siente miedo; uno es cobarde porque teme al sufrimiento provocado por el miedo. Así estoy: escaso de amor, aterrorizado y más lúcido que nunca. Tengo miedo porque quiero saber, forjarme una vida distinta. Pablo y Julio no quieren saber porque tienen miedo. He aquí dos categorías de personas: las que trabajan para vencer el miedo y las otras, las que trabajan para ocultarlo.

Julio 25

Élida parece ser la hija de nadie. Cuando se le dan sugerencias silba mirando el techo o espía de reajo, en tanto que una sonrisa fugaz tuerce su boca. La he sorprendido un par de veces revolviendo entre mis *manchas*, y la he apartado haciéndole saber que nada hay allí que le pueda interesar.

Me ha respondido que los de su edad buscan siempre en aquellos lugares donde los mayores creen que nada hay de interesante para ellos. Por el

contrario, agregó, los mayores jamás buscan en aquellos lugares donde los chicos encuentran admiración y sorpresa; si lo hicieran, continuó, descubrirían muchos puntos de contacto.

Mientras explicaba esto, su pequeña mano blanca apretaba con fuerza el lápiz y obtenía formas oscuras de un vigor insospechado. Cuando concluyó su tarea, me la mostró, victoriosa.

Un árbol, insinué. Parpadeó, sorprendida.

Sí, un árbol, pero no exactamente; más bien la sombra de un árbol, el juego nocturno de las hojas en la pared de su cuarto. Luego se arrimó y, besándome, depositó su obra entre mis manos. Dijo que estaba muy contenta conmigo porque era muy diferente a los demás. Le pregunté quiénes eran *los demás*. Eran tan poco importantes, explicó, que sólo merecían ser nombrados como *los demás*.

Le pregunté por su madre y ella se llevó las manos a la cabeza, riendo a carcajadas. “¡Oh, mi mamá!, decía, “Ella es siempre la primera entre los demás”.

Me arrebató su hoja y la colgó en la madera usando cuatro chinchas. Luego me observó fijamente.

La sombra del árbol quedó adherida al lugar en que las hojas nocturnas del parque trazan sus arabescos.

Julio 27

Ridículo, pretencioso, gallo sin plumas ni espolones.

Al atardecer, solo en la casa, sentí de pronto que algo iba a ocurrirme. No al mundo ni a los otros, a mí; gracioso: como si no formara parte del mundo.

Escuché el viento que garroteaba puertas y ventanas, oí con cuidado porque – estaba seguro- traía consigo un mensaje en código.

El tictac del reloj y el tipitap de la canilla mal cerrada, el gorgoteo de una pava hirviendo en la cocina y los pasos graves en la calle, cualquier sonido era una buena pista. Algo iba a suceder.

30

Busqué de un lado a otro de la casa –porque lo que está por ocurrir pasará en esta casa, en mi pieza, en los alrededores-. Desde la ventana atisé hacia el parque y la mirada se detuvo en la vereda de casas viejas, en el extremo opuesto. Concretamente, mis ojos se inmovilizaron en la planta alta de una casona semiderruida. Ya nadie vive allí. Eso dicen, porque me pareció ver, en la planta alta de aquel testigo derrotado, una sombra.

“Qué, quién, qué, quién”, escuchaba en el viento.

“Qué, quién, qué, quién”, repetí una y otra vez entreabriendo los labios.

Me respondieron la gota de agua, el latido del reloj, la burbuja en la pava, el taco en la vereda.

Giré de pronto, como si alguien observara a mis espaldas y descubrí, sobre la pared de mi cuarto, las hojas nocturnas del dibujo de Élide. Hubo el lamento de un perro –aullido que, atrasado, me devolvió la noche-, y luego escuché la voz de mi madre que volvía con su bolsa del almacén.

Julio 28

Capturamos, con Élide, las nubes rosadas de la tarde de invierno. Hubo aquello de el-cielo-es-siempre-claro y ella se resistió a creer.

¿Y las tormentas? ¿Y la noche?

El cielo es siempre claro, repetía yo.

Miramos largo rato el silencioso rumbo de las nubes, proa hacia el mar. Élide quiso averiguar si en todas partes las nubes eran iguales. Le contesté que sí.

Nombró varios países –imagino que para deslumbrarme con sus conocimientos geográficos- y yo respondí monótonamente luego de cada uno: “También”.

- Las nubes –le aclaré- tienen vida efímera pero muy intensa; siempre están en movimiento.

Miré, sin objetivo, los rincones del cuarto. Élide se acercó y me dijo al oído que mis manos eran como las nubes.

Julio 30

31

(Ilegible) a mí el control el entusiasmo que me invade cuando veo a Élide colocarse el guardapolvo gris. Empecinada, no quiso continuar si no inaugurábamos la etapa de los colores. Desde luego, se ha embadurnado sin noción del ridículo; ha reído nerviosamente.

Esta mañana habló sobre el mar. Me señaló que yo siempre usaba las mismas palabras, aunque hablara de cosas diferentes; por ejemplo, en el caso del mar y de las nubes. Dijo que la confundía, puesto que si se asomaba a la ventana, y por obra y gracia de la semejanza entre los términos, vería el mar en el cielo. Mientras ella hablaba, traté de ubicarla en un recuadro utilizando toque de amarillo. Advirtió que no la escuchaba y se ofendió. Para hacer las paces, la dejé hurgar entre mis *manchas* y eligió –sin indicación de mi parte- aquella en la que el mar se me había presentado por primera vez. Insistía en que se la regalara. Me negué. ¿Para qué la necesitaba yo?, preguntó. No supe qué contestarle.

Ahora me tutea, inocente y páfida, y mientras escribo esto, observo que ha depositado el océano junto a la mesa en la que ella trabaja.

Agosto 2

- ¿Se imagina, Gladys, la cara que pusieron todos aquellos paráliticos del mundo que un día, sentados –es una manera de decir- en el sillón de un analista al que ayudaron a trepar, se enteraron, casualmente, de que un medicamento había destruido, por fin, la enfermedad?.

Tampoco Gladys va a volver. Y es una pena. Hay quienes creen que es posible salvar al mundo.

Agosto 4

En cama desde ayer. Supongo que la discusión con Gladys y el frío me han desorganizado. No por esto Élide se ha quedado sin la clase. Aprovechando mi

32

inmovilidad, ha copiado varias de mis *manchas* con cierto éxito. Cuando concluía mostraba sonriendo su trabajo y el mío: quería que adivinara. No tocó ´-eso sí- el mar: lo dejó estar inmóvil, apartado del grupo de telas, en medio del mayor aislamiento.

Observaba de reojo la opacidad del rosa apareciendo y desapareciendo. Estuvo más tiempo que de costumbre y esto contribuyó a mi desorientación. Quise echarla. No me pareció correcto.

Manoseó los discos y quiso que le explicara cómo funcionaba el estéreo. Ella misma eligió –supongo que por la carátula- **The Wild Bull** de Subotnik y puso el aparato en funcionamiento. Los primeros sonidos la asustaron y -¡al fin!- huyó para observarme desde la ventana.

En puntas de pie –yo sólo alcanzaba a ver sus ojos- me estuvo contemplando mientras sonaban algunos compases. Por sobre su cabeza, en la tarde de invierno, vislumbré una lucecita en el primer piso de la casa abandonada, al otro lado del parque. Cuando los focos de la plaza se prendieron, la luz lejana escapó y, junto con ella, también la pequeña frente, el pelo y los ojitos curiosos de Élida.

Agosto 5

Mi padre no se avergüenza de mí: no valgo tanto. Se avergüenza de si mismo, por no haber tenido un hijo perfecto; se reprocha no haber contribuido a injertar en el óvulo el espermatozoide de la normalidad; sufre, pero no cuando ve a los muchachos de mi edad, sanos, sino cuando se encuentra con hombres de la suya que tienen hijos físicamente perfectos.

La culpa no es de su espermatozoide.

Quedó descalificado de la competencia, no porque se hubiera equivocado al planificar su vida, sino porque esta suele hacer pedazos los proyectos mejor estructurados.

Yo nací perfecto.

Me pregunto si se ha olvidado ya de aquella novia rosarina que, dicen, es la causante del *daño*. La novia abandonada. No puedo evitar el sonreírme.

33

Agosto 7

NOTA: Alteración de fechas)

Hoy domingo –cuando el sol se ocultó- vi la lucecita en la planta alta de la casa. ¿Una vela, quizá? Nadie vive allí desde hace tiempo. Pregunté a mi madre, que se sabe el currículum de las aves estancadas del barrio, y me contestó que estaba segura: la ex mansión ya no tiene habitantes.

A mi madre, frívolamente inquisitiva, no se le ocurrió averiguar de dónde provenía mi curiosidad: se quedó con la crema del postre.

El hecho se produjo a las siete y media. No había nadie en la plaza. La lucecita anduvo unos minutos recorriendo el primer piso. Luego, mutis. Puede ocurrir que siempre haya estado en la casa y que recién ahora la descubra porque, a decir verdad, nunca me había fijado en la casona con detenimiento.

Mañana por la tarde, si el tiempo lo permite, iré a observar de cerca.

Agosto 6

(Alteración de fechas)

Me ha sorprendido el ventanuco solitario del primer piso. Allí, balcones enrejados y herméticas persianas; (Ilegible), el único espacio en negro –ese por el que debo ver la lucecita desde el cuarto- descansa, pequeño e inmóvil, sin rejas ni persianas que lo coarten. El abandono es total.

El sol daba sobre la casa –esta tarde ocre, ausente de tonalidades- y desde mi banco podía contemplar el techo del primer piso, o parte de él. Me pareció, a fuerza de observar aquel rectángulo, que lentamente los sonidos del parque se esfumaban, capturados por una garra oficiosa.

Hay sobre la vereda matas de pasto desperejas y aviboradas. Sobre una de esas plantas encontré de nuevo la pregunta: “*Qué, quién, qué, quién?*”.

Levanté la cabeza hacia el ventanuco, miré el pedazo de techo y luego el límite preciso en el que comenzaba la oscuridad, allí donde ya tal vez el sol no

entraría nunca. “¿Qué, quién?”. Y después más y más rápido iba y venía la ráfaga pendular, cordón invisible que me ataba junto a la casa.

“¿Qué, quién, quèquiénquéquiénquè...?”

Tuve una especie de convulsión y la mitad sana de mi cuerpo cayó hacia delante. Luego, silencio. Uno a uno retornaron los sonidos del parque, la vida fácil y aparente, el sendero memorizado.

La mano y la voz de Élide me sorprendieron. Sus ojos –achinados por la sospecha- fueron desde los míos a la casa. Cruzó la calle y se quedó parada junto a algo que yo no había visto: una escalera que, desde la vereda, conducía a la planta alta. Ninguna puerta impedía el acceso a la ventana de la luz. Élide volvió junto a mí y, con el mejor de sus tonos, me hizo saber que su madre quería verme.

¿Cuándo?

No había apuro. Era una invitación para visitar la casa de ambas. Cuando yo quisiera, a la hora que considerara oportuna. Las dos me esperaban.

Agosto 6 (madrugada)

Nota: Alteración de fechas

Me desperté, como en verano, empapado en sudor. Acababa de verme en la ventana de la planta alta de la casa. Delante de mí, una mujer se asomaba a la calle.

Era de noche y la policía, montada en sus caballos, organizaba una carga contra la muchedumbre. Los muertos rodaban por el empedrado y sus cuerpos quedaban reducidos a formas apelotonadas de carne sangrante. La mujer gritaba: “!Tonino, Tonino, Tonino!”. Reconocí la voz de Norma Jiménez. Un turo que llegó desde abajo –alguien había disparado desde el grifo de agua semiescarchada- desplomó a la muchacha, acabó con sus gritos.

Me acerqué y vi la cuenca de sus ojos vacíos.

35

Cuando observé la calle, quedaba sólo el eco de los gritos. No había nadie y, en la plaza, el agua manaba de los picos, abundante y solitaria en el silencio oscuro.

Fui hasta la ventana y observé la mansión: ninguna luz brillaba. Era este, mi cuarto y era esta, mi propia oscuridad.

Agosto 9

Joaquín es feliz y me invitar a comer a su casa. Requieren mi presencia. En fin.

Agosto 10

Celia está embarazada. Joaquín me lo anunció antes de que comenzara el almuerzo, mientras se cambiaba de ropa. Desnudo de la cintura para arriba, exhibiéndose y exhibiendo sus ojos húmedos, Joaquín me dijo que nunca se había sentido tan contento en su vida.

Pregunté, ingenuamente, si era hermoso saber que Celia iba a parir un hijo suyo. Me contestó que eso no era importante. Entonces, quise averiguar, si el hijo fuera mío y de ella “¿te sentirías de la misma manera?”.

El, tomándome del cuello, me respondió que un hijo suyo era casi un hijo mío. Miré los pelos de su pecho anticipando las manitas que tirarían de aquel vello y, mientras imaginaba las pequeñas figuras geométricas, experimenté tanto odio por ese *casí* mi estómago de arqueó y tuve que arrastrarme hasta el baño. No recuerdo en qué consistió la comida, por supuesto.

No iniciaron la sorda epidemia de arrumacos que ataca a las parejas en casos semejantes, hecho que ratificó las lágrimas que Joaquín dejara correr por su cara.

Agosto 13

¿Para cuándo, quiso saber Élide esta tarde, para cuándo?

Jugaba con el blanco y el bermellón; obtuvo un rosa al que tituló *Amanecer*, distribuyó unos puntos violáceos –los pájaros, según ella- y un enclaustrado montículo marrón. Le pregunté que hacía ese gigante en la tela –le presto telas, ahora- y me miró sonriendo. Mantuvo su sonrisa inmóvil mientras daba unos últimos toques de amarillo. Me aclaró que este último color estaba destinado a los árboles del parque. Sí, lo sabía –mentí-, pero ¿por qué el marrón?

Echó la cabeza hacia atrás y, mediante una pirueta de sus ojos, insinuó cambiar fecha por secreto. ¿Cuándo iría a su casa? Le sugerí que extorsionar a la gente era propio de personas mayores. Se indignó: ¿qué tenían que ver las personas mayores? Inclino la cabeza sobre la tela y susurró que observara más allá de los árboles del parque, tras la vereda del pasto.

No miré: supe que el marrón *prefiguraba* la casona.

Me aproximé a la tela; deforme, el gigante desbordaba el rectángulo. ¿Qué sabía ella de la casa?

Se agarró el pelo con una de sus manos y lo estiró hacia atrás. ¿Me gustaba la casa? Traté de no mirarla a los ojos cuando respondí que me era indiferente: se trataba de una mansión abandonada. Rió. ¡Pero si ella hablaba de la *mancha!*

¿Era eso el marrón? ¿Hablaban de la *mancha?*

Se encogió de hombros y me acicateó preguntándome quién se comportaba ahora como una persona mayor. Me apretó las manos y pensé que aquella criatura era una hija del demonio.

Como si adivinara mi pensamiento, Élida, con ademán engolado, sostuvo que no había temas prohibidos. Debí habérselo dicho en algún momento, porque la teatralidad del gesto tenía la marca de mi histrionismo. ¿Había algo que ella pudiera decirme sobre la casa? Había tres casas, arguyó: la abandonada, la de la tela y la suya propia.

En ese caso, murmuré, cuatro. Pero no me escuchó.

Con la boca apretada, sonriendo, especificué: me refería a la suya propia.

Entonces podía decirme que en *su* casa, su madre me esperaba todas las tardes.

Supe que aquel era el punto al que ella quería arribar. Le aseguré que mañana a las cinco me tendría por allí.

Élida extendió el gigante marrón por toda la tela; los árboles, los pájaros, el alba, fueron invadidos por la ruina y el tiempo. Lo dispuse bajo mis narices y sacudiéndolo preguntó: “¿No es una horrible fotografía?”.

Agosto 14

La señora Leonor es una mujer plagada de ademanes impersonales, aunque sus manos, orientadas con gracia, suelen manifestar al interlocutor que la dueña no siempre fue así.

Élida se encargó de que nada faltara en la reunión; munida de un álbum familiar, la criatura del infierno insistió en que la madre me atiborrara de datos sobre el árbol genealógico, cuya rama principal, según ella, es su padre.

La señora me confesó que no se explicaba ese repentino interés por el padre, un hombre que había muerto hacía varios años; agregó que Élida la sorprendía continuamente y que, fuera de dudas, iba a ser una muchacha singular. No pocos problemas le traería en la ya muy cercana adolescencia.

¿En qué consistía la singularidad?

La señora Leonor sacudió la cabeza y dijo, tristemente, que era igual a su padre. Pero si mi alumna casi no lo había conocido –el hombre había muerto cuando Élida tenía cuatro años-, ¿cómo podía comportarse de la misma manera? Al respecto, la señora posee una teoría: según ella, nada puede hacerse para cambiar el *tejido básico* –sus palabras- de una personalidad que ha recibido fuertes impresiones en los primeros cuatro años de vida.

Me pregunté qué *fuertes impresiones* habría recibido Élida.

A todo esto, el objeto de nuestras disquisiciones se entretenía con un programa de dibujitos en la televisión. Al parecer, proseguía su madre, mi compañía era de gran utilidad para la chica; desde que había comenzado sus lecciones conmigo, se mostraba más y más amable con ella. Antes, según la mujer de aparentes ademanes impersonales, la criatura no la respetaba en absoluto. Se

reconoció un poco torpe y acabó admitiendo que temía a su hija. ¿Cómo era posible educar a una criatura que conocía nuestra conducta de tal modo, que hasta movía los labios dando forma a la palabra que íbamos a decir? Según la señora, Élida desconcertaba porque en el momento del reto, sus ojos miraban fijamente y, como si hubiera aprendido el parlamento de memoria, movía los labios –figura sin voz- adelantando palabra por palabra el sermón que le iba a ser dirigido.

Tuve miedo. ¿Qué sabría ella de mí?

Ahora, añadió la madre, mientras miraba televisión, la criatura del infierno –no son palabras de la dama- prestaba más atención a nuestra charla que a los dibujos animados. Riendo, aseguré que cualquier persona resultaba más inteligente que un programa de televisión, y era natural que Élida se preocupara más por nosotros que por lo que ocurría en la pantallita.

No, señaló la mujer. Élida sabía que estábamos hablando de ella. No lo hacíamos mal, disimulé sin advertirlo. No, claro, suspiró con cierta alegría la señora Leonor. Y cambió el tema.

Mencionábamos viejas películas cuando Élida abandonó el televisor y se aproximó; aferrándose a uno de mis hombros, murmuró: “Él tiene un secreto”. Salí del sótano al que me enviara el desafío de la mejor manera posible; respondí que todas las personas tenían un secreto y, muchas, concluí mirándola de frente, varios.

Pero el mío, puntualizó golpeándose las manos, era muy importante, más que el secreto de cualquiera.

Para aliviar la tensión, la señora Leonor bromeó que si yo era una persona importante, debía tener un secreto acorde. “Es lo que ocurre con todos aquellos que son diferentes”, susurró en tono de chisme de película de misterio. Y luego, lanzando una carcajada, reforzó su opinión: “¿Acaso Jesucristo no era el hijo de Dios? ¡Y bien callado que se lo tenía!”.

Élida y yo nos miramos en silencio.

s/fecha

El pasado no puede gobernar nuestras acciones, marcarnos el camino, transformar nuestra vida en un mismo sendero recorrido infinidad de veces. Tengo, sin embargo, la impresión de que una mano me ha trazado las líneas allá lejos –cuando yo ni siquiera tenía conciencia de la lluvia- y se dentro de esas líneas me he movido siempre. Cuando en mitad de la noche se extiende una mano hacia los contornos que nos aprisionan, las rejas se disuelven en el aire, retroceden, se deshacen, para volver a consolidarse con el alba.

¿Qué juego es este en el que estamos gobernados por fantasmas a los que no se puede destruir? ¿Qué cabriola grotesca ensayamos en un trapecio que no tiene red?

Mis gestos podrían ser meras repeticiones de un gesto primero del que no tengo noticia.

Quebraré el cerco muy pronto; atravesaré esas garras que huyen por la noche para aguardar el alba. Lograré, sí, un gesto nuevo el primero de una larga serie que no tendrá moldes antiguos –el hueco lejano de una caricia, voces en la siesta o la castaña de aquella Navidad-; un ademán puro en sus formas, desprendido de toda afectación histérica, callado, sigiloso.

Y los otros –gestos vacíos que yo no aprendí sino que me enseñaron-, los otros pasarán al olvido. Y una mañana de esta primavera me despertaré como si en mi mente, en mi corazón y en mi sexo hubieran anidado por primera vez las golondrinas.

Todo el dolor habrá sido un ligero malestar de cabeza y me será otorgada la pena –no la piedad, no la lástima- la pena –el sufrimiento sin angustia-, para que recuerde por siempre que la risa y el llanto exigen los mismos visajes en los rostros humanos.

Y llegará el amor. Y amaré como pueda. Y no pondré condiciones.

Agosto 25

Era una balsa a la deriva. En ella, viejos actores sin sus máscaras vagaban por el mar, de noche, bajo las luces lejanas y amarillas. Buscaban una meta; pero esos rostros sin maquillaje ya estaban muertos, fuera de toda representación, a

solas con sus párpados. Cansados de vivir otras vidas se habían unido – declarándose en huelga- para alcanzar un objetivo al que había que llegar a cara limpia.

Los fuegos de artificio ayudaron a la claridad opaca de la luna recién nacida. Hacia los fuegos se dirigió la balsa de las caras de cera. Ninguno de sus tripulantes sabía que aquello no era el mar, apenas un inmenso río, y que, como en todo río inmenso, las aguas por donde estaban navegando escondían una profunda catarata.

Hacia allí fue la balsa, ignorante, en busca de su meta.

Los fuegos chispeantes comenzaban en el lugar en que el agua descendía, traicionera, a un ruidoso abismo cuyo perímetro era teñido de blanco por la espuma. Cuando estuvieron junto a la catarata, los cómicos gastados sonrieron; el más viejo se ajustó las arrugas y, mirando a los otros, golpeó las manos.

“Es sólo una película”, concluyó, “nada más que otra película”.

Sus compañeros se colocaron máscaras, y enfrentaron la escena con el ropaje casi apolillado de antiguas criaturas.

Septiembre 1

Esta tarde, mirando el parque, supe que la primavera no tardaría en llegar. Algo se quebró adentro y un sollozo me dobló el cuerpo. Aparecieron luego las nubes y con las primeras gotas, la voz de Élide a mis espaldas preguntó: “¿*Me buscabas a mí?*”.

Atontado, sacudí la cabeza.

“¿*Me buscabas a mí?*”, repetía mientras depositaba sus elementos de trabajo en la mesa de costumbre.

Me di vuelta para mirarla.

Sonreía. Lejana la cara diminuta.

No dije una palabra. Ella, con las manos (ilegible), se dispuso a acatar mis órdenes. ¿Qué haríamos hoy? Le di carta blanca. Mientras manipulaba témperas me disparó otra pregunta: ¿conocía yo el mar?

Respondí negativamente. Ella, en forma elegante, esquivó comentarios y habló sobre la montaña.

Quería mostrarme el mar. Por consiguiente, le pregunté, si ella lo había visto. Respondió que casi todos los años iba al mar. Cierta vez, prosiguió, había enterrado un perro en la arena, un galgo vagabundo que había muerto, según ella, de vejez. Al año siguiente volvió al lugar y no halló ni siquiera los huesos. El mar, murmuré casi sin darme cuenta. Ella asintió: el mar.

Desde entonces ya no había confiado en la masa estática; tal vez, dedujo, porque no era tan estática como había supuesto. Hasta había sentido un poco de miedo.

Quise saber cómo era el mar.

Ella me respondió que había que verlo, que nada se podía decir de él. Me aproximó su tarea y pude contemplar dos grandes ojos de mujer, tristes y oscuros, a los que un áspero cansancio había arrebatado todo reflejo de luz. Fingí no entender, pero ella supo que yo captaba el secreto de aquellos ojos apagados.

Antes de irse, anunció que uno de estos días dibujaría el mar porque, eso sí, me lo podía ofrecer en una tela; quizá eso me consolara.

Miré en dirección al océano y ella advirtió mi movimiento. Nos quedamos mirando la tela, unidos por la lluvia que caía más allá de la ventana, en la tarde, sobre el parque vacío.

S/FECHA

Hoy, Élida eligió donde sentarnos: frente a la casa de la luz.

Última luz de color húmedo.

Alegremente se disputo a bocetar los juegos del parque, sin que yo le diera o negara autorización. Por mi parte, estaba dispuesto a no dejar escapar la tarde sin haber logrado sobre la tela aquella casa. En mitad de la tarea, ella, aproximándose, preguntó: “¿No te falta amarillo?”; y tomando su pomo dejó caer unas gotas sobre el negro.

Interrumpí el trabajo. La tarde entera se detuvo.

42

Ella había regresado a sus juegos y mentía una canción estúpida. En lugar de enojarme, debí interrogarla sobre el significado de su gesto.

Aguantó la reprimenda con las manos entrelazadas en la espalda, parada sobre un pie, como una garza.

Detrás de ella, la casa. Por encima de la cabeza de Élida, la luz comenzó a pasearse rítmicamente. Traté de mirar sus ojos y creí ver que la llama anidaba en las pupilas de la criatura del infierno. Huí de Élida y del parque, me encerré en mi pieza.

Ella no me siguió.

Septiembre 8

Ya no veré a Joaquín. He cortado la última de las amarras y mi adolescencia ha caído al mar. Se hunden, fundidas, las imágenes, y presiento que todo el ayer deja un vacío que las paredes de mi cuarto, las *manchas* y la música no podrán llenar.

Joaquín no supo que esta tarde hablaba con un viejo.

Septiembre 10

Hoy no vino Élida sino la madre. Su hija estaba en cama, anunció, con unos grados de fiebre. Me alarmé. Quiso averiguar qué había ocurrido la última vez que Élida se viera conmigo. Nada en particular.

La misma respuesta, sonrió, de Élida. Sin embargo, ella estaba segura de que algo había sucedido porque Élida había vuelto a la casa muy pálida y no había querido cenar. Como si se estuviera dando una penitencia, se acostó sin probar bocado, algo muy raro en ella, que todo lo devoraba.

Las manos de la señora Leonor se agitaban con gracias y los movimientos parecían esbozar pequeños, inconclusos objetos de marfil.

Por lo menos, suspiró, podía terminar el año conmigo. El próximo, le dije, buscaría otro profesor. Yo no lo era. Pero, se sobresaltó mirándome de reojo, ¿no sabía yo cuál era mi talento? Me encogí de hombros y me puse triste de

golpe. ¿Qué podía hacer yo con mi talento? Oh, era suficiente. Ella proveería las conexiones.

Comencé a tenerle miedo. ¿Por qué? ¿Para qué? La gente debía conocer mis trabajos. Me negué. “Si uno tiene talento”, sentenció, “no le queda otra posibilidad que desarrollarlo. De lo contrario...”. Se detuvo y me miró fijo. Yo aguardaba el final de la frase. “Es un arma peligrosa. O usted maneja ese don o él se vuelve contra usted y acaba con todo”. No era un don, un presente del Cielo; en mi caso, era la única manera de vivir.

Sobre esto hablábamos cuando, detrás de la ventana –a espaldas de la señora Leonor-, asomó la cara de la criatura. Me hizo señas como para que no hablara. No supe qué actitud tomar.

La señora Leonor intuyó mi vacilación pero la adjudicó al terreno más próximo: el de la pintura. Con sus conexiones y mi capacidad, saldríamos adelante en muy poco tiempo. Mientras la dama se incorporaba, la cara de su hija huyó del rectángulo.

“No puedo imaginar qué lo ha molestado en Élide”, decía, “pero sé que ha sido algo grave. Le pediría que la admitiera nuevamente”.

Asentí y ella partió sonriendo.

Confundido, sólo atiné a acercarme a la ventana. La abrí de par en par; Élide no se encontraba ya ni en la vereda ni en el parque.

Septiembre 12

Ha regresado con más bríos; mezcla colores, logra matices impensados, consigue tonos que asombran. Buscó entre mis papeles una lámina –**Luz en otoño** de Thon- y cambiando el sfumado naranja por un verde intenso, obtuvo una creación propia a la que tituló **Luz en primavera**. Me causó gracia la travesura, pero luego descubrí algo más allá de la copia: la escalera de Thon era, en la tela de Élide, más angosta y conducía a otra casa, no a la de la lámina original.

44

“Élida, Élida”, murmuré dejando la tela sobre su mesa de trabajo, “¿por qué me hacés esto?”. Ella me miró sorprendida. “¿No te gusta?”. Claro que me gustaba; pero había allí un cambio y la clave estaba únicamente en su poder. “En *nuestro* poder”, se apresuró a corregir ella.

Cuando se marchó, (ilegible) que hacía dos meses no lograba concluir nada que me interesara; todos eran proyectos, esbozos a medio terminar, correcciones de trabajos previos. Miré la puerta por donde había desaparecido Élida; la miré sin pestañear, hasta que los ojos se me irritaron.

Septiembre 15

Ha brotado en el parque una vendedora de carrito blanco, con manzanas y molinillos. Uno de estos molinillos mueve incisamente sus aspas, que crujen. Élida lo ha contemplado durante el rato que estuvimos allí. Me pareció sentir el olor del material plástico.

Inmóvil, la del carrito blanco observaba las aspas de su molinillo, que crujían.

Septiembre 18

Acaba de anunciarme que no soporta más a su madre. Me dije que no eran palabras para una criatura.

Se irá lejos, afirmó, y nadie podrá resucitarla. Tiene un plan; jura que todo saldrá bien.

“¿Qué es lo que pasa?”, intenté saber. Respondió que no era tiempo de enterar a nadie. Me burlé. Ella se indignó.

“Se lo contaré a tu madre”, le previne.

“Se lo contaré a mi madre”, previno a su vez con todo hiriente. Opté por callarme. Fue ella quien volvió a la cuestión; escarbó el asunto de la torpeza de la señora Leonor y aguardó mi respuesta.

“Todas las madres son torpes”, le indiqué por decir algo.

“Todas las torpes son madres”, copió ella malversando mi voz.

Tuve un estremecimiento y el vómito cayó sobre mis rodillas. Busqué rápidamente el pañuelo y lo limpié; cuando alcé los ojos, me contemplaba

45

como a un animal del zoológico. “Tirá la galletita, querida”, solicité. Me dio la espalda y continuó trabajando. Antes de irse para siempre, amenazó, me tiene preparada una sorpresa.

Septiembre 20

Comprobó que a la luz de la casona se ha agregado el ruido del molinillo.

Pero por exclusión: cuando se va este último, aparece aquella.

La criatura habló de su próximo viaje hacia lugares donde el mar y las nubes se confunden. “Viviré”, suspiró, “en la casa donde termina el mundo”.

Le previene que no le sería fácil escaparse, porque su madre estaba ya al tanto de sus planes. “Mi madre no puede saber”, aseguró, “y si se lo dijiste, peor para vos”.

Septiembre 24

La inmovilidad del parque me recuerda a la etapa previa a un bombardeo. Las sombras son más fuertes que los troncos mismos, y su empecinada manía de pegarse a la pared adquiere sentido recién ahora.

Los dedos que atenazan las puertas y ventanas bajo la noche, carecen de historia. No se trata de un mero reflejo: el espectro flaco sobre la pared es casi un grito.

¿Dónde han quedado mis propósitos de continuar buscando la verdad?

La agorera quietud de este rectángulo verde me dice que no existe en las telas, que únicamente yo poseo la certidumbre, pero que ya no soy capaz de demostrarla.

La criatura del infierno.

Septiembre 28

Durante los dos días de fiebre creí volver a otra primavera, alejarme a un país que transité allá lejos, cuando era invulnerable. Supe que ese era el país

46

adonde quiere ir Élida, porque en él se encuentra la casa donde termina el mundo. No es difícil comprender a esa criatura del infierno: está en su derecho. Afiebrado y todo supe, las dos tardes, que Élida estaba a mi lado. Intenté explicarle que de nada vale llegar a la casa que está buscando, si luego debe salir de ella; quise prevenirla: siempre hay que regresar.

A menos que la muerte nos sorprenda allí, y entonces, en estado de gracia, recuperemos de golpe la invulnerabilidad a costa de la vida.

Creo que sólo borbotones sin sentido escaparon de mi garganta.

Septiembre 29

Algo hizo Élida mientras yo estuve en cama, algo que no debió hacer. Ha obtenido el rosa opaco que atraviesa las aguas del lago. Copió el mar e inundó toda una tela con él. Ufana se apareció esta tarde, regodeándose, murmurando que el mar no era de nadie en especial, sino de aquellos que se aventuraban a recorrerlo.

Cuando se fue, rompí la tela que me había descubierto el océano y, atontado, como si la cabeza se me hubiera llenado de estopa o algodón, caí sobre la cama, semiinconsciente.

Octubre 1

Se huelen las magnolias y su perfume es un recuerdo futuro.

Algo tiembla en la sangre al contacto del olor pegajoso.

Entredormido, a la hora de la siesta, subí una calle encajonada por paredones blancos; una calle que acababa en el mar.

Sobre la arena de la playa, los diminutos pies de la criatura del infierno se movían, ágiles, mientras sus manos enterraban un cuerpo.

Octubre 2

47

Deformes y babosos los viejos aprovechan el sol. Me falta una de esas cualidades para igualarlos. Carezco del valor necesario para empujarlos suavemente hacia la muerte. Cobarde también en esto, soy incapaz de reprocharles que no les hayan dejado sitio a los más jóvenes.

Si ellos perduran, si no se pudren, no habrá espacio para los demás. Al menos no llegaré a verme sentado en uno de estos bancos hablando sobre el precio de las verduras y la inminente superficie dedicada a las bochas.

Me consuelo pensando que Joaquín y Celia verán su propio derrumbe y que no harán falta testigos que gocen con su decadencia.

Tambalean inseguros pero me sonrían al pasar. A lo mejor creen que quien les devuelve la sonrisa no tiene ni siquiera el consuelo de los andrajosos recuerdos que, de vez en cuando, los agitan. Desdentados, no hacen otra cosa que darme el pésame. Y mientras tanto exigen el derecho a la poca vida que les queda.

Octubre 3

Guiña el molinillo entre los árboles, verde y barato. La luz canta allá arriba, desafiante.

Aquí abajo, Élidea y yo sabemos que la suerte está echada.

Octubre 6

Ella viene, manosea, copia descaradamente; hay una cierta placidez en su mirada, fruto que maduró de un golpe.

Yo pienso, mientras tanto, en el mar y en todas las aguas que nunca surcaré.

Octubre 7

Esta tarde la señora Leonor me ha confesado que su hija se muestra radiante. Escuché sus palabras con los ojos cerrados. Habló sobre los increíbles

48

progresos, la asombrosa cordura. Tarde o temprano, se entusiasma ahora, Élide mostrará su talento al mundo. Sonríó sin que mis labios cambien de postura. Imagino que, si no fuera por el cuidado que pongo al esconderlo, Élide habría leído ya este diario.

Octubre 15

“¿Dónde ha quedado tu proyecto de fuga?”, pregunté a mi discípula, mientras golpeaba mis almohadas de convaleciente. Respondió que ya no había necesidad de huir. De pronto, según ella, su madre había recobrado el buen sentido y, por el momento, demostraba que no había por qué malinterpretar a los hijos diferentes.

“Lubricante para la convivencia”, murmuré semiahogado.

A ella se le estranguló una carcajada en la garganta.

Abre la ventana para que yo pueda ver con tranquilidad la lucecita, a la hora en que la vendedora huye de las sombras. Esa luz que yo no entendí en un principio, se ha vuelto un centinela callado que aguarda, inmóvil, mi primera decisión importante.

Octubre 20

La engañé hoy en el parque: el compré el molinillo. Las personas felices nunca saben dónde aparecen los primeros indicios de la trampa.

Brincaba, contenta; ofreció el molinillo verde y barato al viento.

Noviembre 1

Reproducción de **La Playa de Walberswick, Suffolk** de Steer. No me interesan los colores sino las figuras que contemplan el mar. La más pequeña tiene el pelo del color del de Élide y está sentada sobre una roca. Hay un animal blanco en su regazo, tal vez un cachorro. Inmóvil, finge hacerle el juego a las otras dos mujeres mayores. Sé que abandonará la mascota y cierro los ojos. Al abrirlos, ha dado vuelta la cara y me contempla.

Sonríe y se incorpora. Sacudiéndose la falda blanca empieza a caminar y me permite ver lo que Steer ocultó en su tela. Porque ella salta por sobre los cadáveres hinchados e irreconocibles observando los despojos de lo que fueron caras. Repite monótona, pero dulcemente: “¿Me buscabas a mí?”. Sus manos hurgan con furia en las cuencas que albergaron los ojos. Los restos han cubierto la playa y sólo ella pareciera darse cuenta de la masacre. Ahora la persigue el perrito blanco, la secunda en el juego. Huele los despojos como si fueran huesos dignos de ser roídos. Una de las mujeres lanza una carcajada y luego, sin aviso, lo que Steer plasmara regresa a la inmovilidad. Mi madre pregunta si necesito algo, va a salir. No me interesa lo que dice y muevo la cabeza, negando. Ni ella ni nadie pueden comprar una playa donde no existan cadáveres y en la que Élide se dedique simplemente a jugar con la mascota blanca.

Noviembre 2

Me llevó hasta la vereda de la casa a la hora en que comienza a deambular la lucecita. Puso un pie en el primer escalón y proclamó su deseo: “Quiero mirarte desde arriba”. Apoyado contra la pared le grité que no subiera, que no había nadie allí, que si algo le pasaba yo no podría ayudarla. Se detuvo en lo alto de la escalera para echarme una última mirada. Mis ojos corrían por los escalones, y en mi sangre reventaban manojos de alfileres punzantes. Entristecido, regresé al parque; me sorprendió que, aunque ya era de noche, la vendedora siguiera inmóvil junto a su carro blanco. Nuevas aspas giraban en la agonía caliente de la primavera. Pasé a su lado, bebí agua del grito, miré por fin hacia la casa. Como yo preanunciara, Élide no apareció.

Supe qué mano desagarraría la carne virgen. Por un segundo, los ojos asombrados de la criatura chisporrotearon con la brillante luz que da la muerte. Aquella mano en la garganta de Élide me hizo comprender que, desde siempre, yo conocía a quien mostraba la luz desde el primer piso de la casa en ruinas. Asomado a la ventana, contemplo la oscuridad al otro lado del parque y, cuando mis ojos descienden, tropiezo con una hamaca solitaria que se mece, rebelde, rompiendo la monotonía inmóvil de sus compañeras.
Canción de la hamaca solitaria.

Noviembre 6

El día se hace más soportable porque consigo distraerme. Por las noches, en cambio, la búsqueda puede transformarse en una sonora manifestación. Cruzan el parque haces de luz que entorpecen el sueño de los pájaros. Puedo verlos a todos empeñados en una búsqueda que no tiene final. Pelean y hasta se gritan como si las palabras hirientes fueran a devolverles lo que ya se perdió.
Algunas mujeres aprovechan la tibieza de la primavera nocturna para organizarse tareas diversas como intercambiar recetas de cocina o pasarse misteriosos secretos sobre arrugas supuestamente evitables.
Mis padres participan en el acontecimiento.
Ellos también creen en la existencia de un enemigo desconocido que ha llegado hasta el barrio para exterminar inocentes. No faltan quienes acuden a la astucia para deducir que *debe-ser-uno-de-nosotros*. Aquí las señoras mueven la cabeza en gesto ampuloso: ninguna de ellas hubiera sido capaz de partir un monstruo semejante.
Entre asombrado y divertido, comprendo que los hombres no se hacen responsables del nacimiento de un engendro. Y las matronas, contentas: se les otorga el rol principal en el grotesco.
Finalmente los grupos optan por la teoría del extraño que, según ellos, regresará en busca de una nueva víctima.

Nadie ha visto la lucecita en la casa abandonada. Y, sin embargo, aparece diariamente al oscurecer. Chisporrotea, amenaza con apagarse y se extingue cuando los alegres sabuesos organizan las excursiones nocturnas. La gente insiste en que allí ocurrió, pero nadie sabe qué porque jamás completan la oración.

No es para todos la luz que veo desde mi ventana cuando el sol se oculta.

Noviembre 30

Mi cama deshecha, la taza de café semivacía, los materiales desparramados. Acabo de dar la última pincelada a la boca de Élide. Es una boca entreabierta de labios carnosos. Con la cabeza inclinada hacia la izquierda, sus ojos negros miran el vacío. Tal vez imagina ese mar que necesitaba quitarme.

No hay en el espacio que he creado para ella ninguna sensación de triunfo.

Detrás de su pelo revuelto los árboles parecieran quejarse por el azul demasiado intenso del cielo. La miro y luego mi vista recorre el desorden del cuarto. Los objetos se aplastan contra una lejanía que intento no percibir.

Veo a mis padres que juntan lentamente lo que yo no me pertenece porque no estoy.

Me distraigo con las chispas que saltan de los ojos de Élide. Llega desde el parque la canción de la hamaca solitaria.

S/FECHA

Es cálido el atardecer que ampara el monótono chirriar de los pájaros. Me he puesto mi mejor camisa porque se trata, después de todo, de una fiesta. Le he pedido a otra criatura que me ayude con la silla para cruzarme hasta la escalera de la casona.

Tengo en mis manos el cuadro y de los ojos de Élide ha desaparecido el resplandor. Sé que es momentánea la opacidad; sé también que volverá en cuanto la deposite donde debió estar desde un principio. La que me ha traído

quiere saber qué hacemos en este lugar. Le pido que me deje solo pero no me abandona.

Junto con el perfume de las magnolias llega la lucecita.

Pregunto a mi acompañante si la ve. Responde que sí, la ve. Pero lo dice sólo para complacerme.

Deposito a la anterior en el escalón y miro la fraganciosa carne de la nueva.

Sonríó mientras en mi cabeza se mezclan un vestido blanco, un tren, un grito en otra noche de primavera.

Y, por fin, escucho mi voz como si fuera ajena.

“¿Me buscabas mí?”

FIN DEL MANUSCRITO